

Perdí toda esperanza

Perdí toda esperanza en que algún día este mundo cambie realmente. Ya había perdido la esperanza que podamos cambiarlo por la democracia, pero perdí recién la esperanza que lo cambiemos por afuera de la democracia. La esperanza es la correa de la sumisión, así como decía otro cabro.

¿Entonces porque eso me vuelve tan triste? Porque la esperanza también es la rama en la que había puesto mis más preciados sueños de levantamiento y serrándola se rompieron. Y acá estoy, sola ante la inmensidad de la nada. Y ninguna raíz sobrevive a la tala del tronco.

Así que aquí estoy desamparado, entre la caída de mi visión fantaseada de un futuro potencial, y mi comprensión del pasado que se desmorona trás ella. Encerrada en el *no futuro* de lxs punks, tantxs criticadxs por lxs especialistas de una «escena radical» cualquiera. Me encuentro en cuero en medio de un mundo que me da asco, de lxs militares a lxs trabajadores sociales, de lxs capitalistas a lxs pacificadorxs que solo frustran mi rabia retrasándola hasta nuevo aviso.

¿Pero por qué esperar más si nos damos cuenta que no hay nada que esperar? ¿Y por qué no decimos que hemos perdido esa esperanza cuando ya nadie se atreve a creer en un gran cambio posible? ¿Porque no nos atrevemos a admitir que todxs tuvimos la misma idea? ¿Porque preferimos tranquilizarnos con propaganda sobre esa insurrección que nunca acaba de llegar? ¿Porque no nos atrevemos a sacar las conclusiones necesarias trás la perdida de esa ilusión? ¿Porque finalmente compartimos la ingenua idea que repetir sin parar un eslogán decididamente falso puede hacerlo real, y que todo el mundo empieza realmente a odiar a la policía?

Tratamos de hablar con lxs oprimidxs para politizar su rebelión, o con la gente politizada para que se rebele. Pero ni siquiera nos preguntamos por qué lo que nos parece obvio representa para todxs una tontería obvia.

¿Por qué dedicamos tanta energía a ese vano intento de persuasión? Despreciamos la verborrea condescendiente de aquellxs que buscan «masificar el movimiento», pero al parecer, nos imaginamos que los ataques difusos y anónimos van a conmover a cómplices potenciales y multiplicarse. Si el anonimato limita sin duda la aparición de especialistas del ataque, ¿no hay, en nuestra alucinación colectiva al ver complicidades rebeladas en todo lado, la persistencia tenaz de la creencia que algún día esxs cómplices imaginadxs se levanten para destruir lo que les destruye?

Y sino lo creemos realmente, pero seguimos predicando la mitología de la revolución insurreccional, ¿no estamos huyendo de nuestra confrontación con lo absurdo? Si intentamos convencer a otrxs que esa revolución/insurrección llegará, sin creerlo nosotrxs mismxs, ¿qué nos distingue de lxs peores charlatanes, incansables promotores de la mercancía y del Espectáculo? ¿Y qué dice eso de nuestra relación con lxs demás y de nuestra humildad, cuando intentamos hacer que otrxs crean en lo que ya no creemos nosotrxs mismxs?

Sino hay nada que esperar, ¿por qué conservar estos vestigios del catecismo revolucionario?

¿Y cómo nos imaginamos responder a aquellxs quienes estarán

resentidxs con lxs obispxs de la insurrección, cuando se les considere responsables por el sufrimiento soportado por la desaparición de estos sueños imposibles?

Si esa negativa categórica a esperar dócilmente que se cumplan las condiciones objetivas nos pudo seducir, ¿por qué nos apresuramos entonces a elaborar *estrategias* teóricas, que finalmente son solo nuevos pretextos para la paciencia y la inacción?

Estoy harto de encontrar pretextos. Estoy harto de convencer a otrxs de lo que ya no creo. Estoy harto de estar constantemente decepcionadx por estos movimientos que mueren y por todo ese mundo que tan fácilmente vuelve a la normalidad.

La triste realidad me dice que solo somos unxs pocxs, en medio de una multitud de resignaciones acumuladas. No tengo nada más que mi cuerpo, y más allá de mi muerte, no hay nada. Ni Dios, Ni Lotería, ni Revolución, ni Insurrección.

La supervivencia diaria no tiene nada que ver con lo que llamo *vivir*. La vida seria de lxs adultxs responsables me repugna, porque quiero seguir siendo un diablillo. Sus principios y su convivencia apestan a carroña, porque consisten sobre todo en siempre soportar con dolor, sin reaccionar. A la mierda el estoicismo y su piadosa religiosidad, no quiero autodestruirme dejando que este mundo me disuelva poco a poco.

Quieren aniquilarme haciéndome predecible: vigilándome en la calle; rastreando mi celular; eliminando rincones y giros, así limitando las posibilidades de emboscada; fijando solidamente el mobiliario urbano al suelo y sustituyendo los adoquines por grandes losas indestructibles; delimitando escrupulosamente los espacios y las practicas autorizadas, todo lo que sale de este marco siendo una blasfemia; alimentando mi miedo de los castigos infligidos a aquellxs que cruzan las lineas que trazaron, para que yo mismx reprima mis deseos singulares.

Pero también sé que nada con vida es predecible y que me niego a morir por serlo.

Si tanto quiero vivir, es por esos rayos de sol que penetra el sotobosque, por el incendio de este auto de policía, por el sonido de esa vitrina que se quebra, pero sobre todo por la sensación de la que aprieta el martillo cuando atraviesa el vidrio, por el escalofrío que siento al prender la mecha, por la sensación de tu sexo brotando a sacudidas en el fondo de mi recto, por los pasos silenciosos y nocturnos en mi nuevo hogar, por el calor envolvente de la amistad que me invade cuando pienso en ti, por mis lagrimas irreprimibles al anuncio de tu encarcelamiento, por todos esos ataques de risa incontrolables y esos orgasmos fulgurantes que se graban en mi memoria.

Perdí toda esperanza de ver ese mundo soñado del que tanto me contaron y que me permitiría vivir en armonía con mis semejantes, sin ningún poder y ninguna autoridad. Perdí toda esperanza de que este mundo este realmente destruido, de que viva esa famosa revolución.

Pero esta esperanza era un espejismo artificial que camuflaba muy mal los estragos que estan llegando.

Aventurerx en el hormiguero, en busca de una vida verdaderamente vivida, ya no creo en nada y viviré todo.

francia
noviembre 2016

